

Rincón del libro

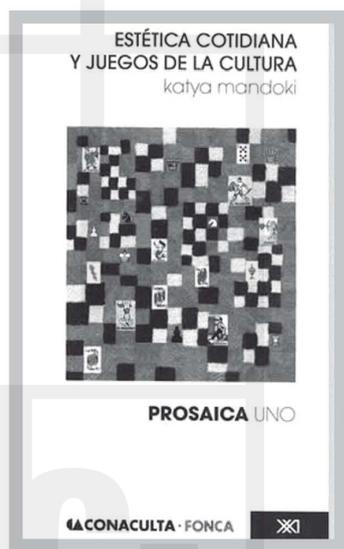
LUIS ALVARENGA

Katya Mandoki. *Prosaica uno. Estética cotidiana y juegos de la cultura*. Siglo XXI Editores, México, 2008.

La estética suele ser vista como un área suntuaria dentro de la vida humana. Desde la caracterización kantiana del juicio estético como “juicio desinteresado”, la estética es reducida al ámbito de los objetos bellos pero carentes de otro sentido que no sea el de una contemplación “neutra”. El libro de la profesora Mandoki, doctora en Historia del Arte, pone a discusión las diferentes concepciones filosóficas que han prevalecido sobre la estética.

“La tesis central de este libro —apunta la autora en el prefacio— es que no sólo es posible sino indispensable abrir los estudios estéticos —tradicionalmente restringidos al arte y lo bello— hacia la riqueza y complejidad de la vida social en sus diferentes manifestaciones. Eso es la Prosaica: sencillamente, la estética cotidiana. Esta pervivencia de la estética se expresa de mil maneras, desde nuestra forma de vivir, en el lenguaje y el porte, el modo de ataviarse y comer, de rendir culto a deidades o a personalidades, de legitimar el poder, ostentar el triunfo o recordar a los muertos; pero el papel primordial que la estética tiene en nuestra vida cotidiana se ejerce en la construcción y presentación de las identidades sociales” (p. 9).

Esto supone prestar atención a muchas supuestas verdades sobre la estética, a pretendidas “obviedades” que, de tan obvias, no deberían, en



apariciencia, cuestionarse. Una de esas supuestas “verdades que caen por su propio peso” es el concepto elitista de la estética, que reduce lo estético —que es algo tan amplio como la sensibilidad humana— a las llamadas *bellas artes*. Esto trae consigo varias consecuencias: La delimitación de lo estético a la “contemplación desinteresada”; la prescripción de una forma específica de observar los objetos estéticos; la formación de un espectador apropiado para la observación de dichos objetos —el esteta, el “amante de las artes” y el crítico— y la creación de espacios e instituciones para tal observación —el museo, el conservatorio, el teatro, etc.—.

En lo que respecta al abordaje teórico de la estética, lo que podemos observar es una suerte de “horror al vacío”: “A pesar de esta omnipresencia de la estética en ámbitos no sólo culturales y sociales sino incluso biológicos, los teóricos en estética parecen no darse cuenta de ello y siguen requiriendo del aislamiento de un museo o sala de conciertos para distinguir fenómenos que atañen a la sensibilidad. Temen que, de salirse del ámbito artístico, se precipitarían en un panestetismo que disolvería a la estética *ipso facto*. Y cuando la estética extraartística ya es francamente insoslayable, los filósofos optan por aplicarle nombres como ‘corporalidad’ o ‘sensorialidad’ para denotar lo que no es otra cosa que la estesis” (pp. 9-10).

Mandoki pone en relieve lo escurridizo que resulta la estética a la hora de querer teorizar sobre ella. “¿Es la estética una *disciplina* cuyo objeto es el arte y lo bello u otros posibles (forma significativa, expresión simbólica, experiencia sensible) o es la estética un *objeto* de varias disciplinas como la psicología, la sociología, la historia del arte? Si la estética fuese un objeto de varias disciplinas contaríamos con un *corpus* teórico desde la psicología, la sociología, la semiótica o la historia enfocadas a la estética. Pero ese *corpus* no existe en forma coherente, si acaso, sólo fragmentaria. No hay historia de la estética sino de las teorías estéticas (Bayer, 1984; Marchan, Fiz). No hay sociología de la estética, sino enfoques sociológicos a los fenómenos artísticos como en Hauser (1969) o enfoques psicológicos a la percepción de la forma como la teoría de la *Gestalt* aplicada por Arnheim (1985). Si definiésemos a la estética exclusivamente como el estudio del arte (que no es la posición aquí asumida) podríamos concordar, y muy parcialmente, con una concepción como objeto de varias disciplinas ya que hay sociología del arte, historia del arte, teoría del arte. Pero esta definición no sería aceptable para un gran número de estetólogos que prefieren entender su campo como el estudio de lo bello y no del arte” (p. 14). Reducir la estética al ámbito de “lo bello” o al “arte” es confinar el ámbito de la sensibilidad humana, lo que perpetúa, además,

la concepción dualista que escinde al ser humano entre “cuerpo” y “alma”.

Una vieja polémica es la que tiene que ver con el papel social del arte. Esta polémica se relaciona, en el fondo, con las diferentes concepciones sobre el “lugar” de la estética en la vida cotidiana. Mandoki recuerda la polémica entre los defensores del “arte por el arte” (“teología del arte”, le llamaba Walter Benjamin) y el llamado “arte comprometido”. “Arte y realidad, como la estética y lo cotidiano, han estado y están totalmente imbricados, y no por la voluntad explícita o ‘compromiso social’ del artista políticamente correcto, ni por hacer patente una ideología, sino porque no hay un más allá de la realidad, ni una estética que no emerja en primera instancia de lo cotidiano. ¿Para qué tanto brinco de reunir arte y realidad, estética y cotidianía, estando tan perfectamente integrados? Aún cuando el arte se manifieste como un dispositivo de evasión (el arte hollywoodense) o de emancipación (que intentó promover la Escuela de Francfort) sigue estando fatal e irremediabilmente inmerso

en la realidad precisamente como índices en su evasión o afán de emancipación desde lo real” (p. 27).

El que la estética forme parte del mundo cotidiano no significa que todo sea estético. “Al contrario —afirma la autora— se asume [...] que ninguna cosa es estética, ni siquiera las obras de arte o las cosas bellas. La única estesis está en los sujetos, no en las cosas. La formulación de la estética de lo cotidiano aquí elaborada no puede ser más inocente de cualquier acusación de panestetismo por el simple hecho de que al enunciar que ‘todas las cosas son estéticas’ se presupone el objetualismo, pecado del cual la Prosaica está absuelta. La estesis es una condición de los seres vivos. Vivir es estesis (lo cual no quiere decir que todo en la vida sea estesis)” (p. 147).

El libro de Mandoki va en la línea de una perspectiva crítica de la estética, que supere el mito de su distinción de la vida cotidiana y parta de su cotidianidad. Su trabajo tiene elementos interesantes para replantearnos, asimismo, nuestra noción de cultura.